



Simone Weil

La Persona y lo  
Sagrado

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA PERSONA Y LO SAGRADO**

**SIMONE WEIL**

**PUBLICADO: 1943**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [FR.WIKISOURCE.ORG](http://FR.WIKISOURCE.ORG)**

# LA PERSONA Y LO SAGRADO

## COLECTIVIDAD — PERSONA — IMPERSONAL

### DERECHO — JUSTICIA

« No me interesas ». Esa es una frase que un hombre no puede decirle a otro hombre sin cometer una crueldad y herir la justicia.

« Tu persona no me interesa ». Esta frase puede tener lugar en una conversación afectuosa entre amigos cercanos sin herir lo que hay de más delicadamente susceptible en la amistad.

De la misma manera se puede decir sin rebajarse: « Mi persona no cuenta », pero no: « Yo no cuento ».

Esto prueba que el vocabulario del corriente de pensamiento moderno llamado personalista es erróneo. Y en este ámbito, donde hay un grave error de vocabulario, es difícil que no haya un grave error de pensamiento.

Hay en cada hombre algo sagrado. Pero no es su persona. Tampoco es la persona humana. Es él, este hombre, simplemente.

Ahí va un transeúnte en la calle que tiene brazos largos, ojos azules, una mente en la que pasan pensamientos que desconozco, pero que tal vez sean mediocres.

No es ni su persona ni la persona humana en él lo que me es sagrado. Es él. Él en su totalidad. Los brazos, los ojos, los pensamientos, todo. No dañaría nada de eso sin infinitos escrúpulos.

Si la persona humana fuera en él lo que me es sagrado, podría fácilmente arrancarle los ojos. Una vez ciego, sería una persona humana exactamente igual que antes. No habría tocado en absoluto a la persona humana en él. Solo habría destruido sus ojos.

Es imposible definir el respeto por la persona humana. No solo es imposible definirlo en palabras. Muchas nociones luminosas están en este caso. Pero esa noción tampoco puede ser concebida; no puede ser definida, delimitada por una operación silenciosa del pensamiento.

Tomar como regla de la moral pública una noción imposible de definir y de concebir, es dar paso a toda clase de tiranía.

La noción de derecho, lanzada por el mundo en 1789, ha sido, por su insuficiencia interna, impotente para ejercer la función que se le confiaba.

Amalgamar dos nociones insuficientes hablando de los derechos de la persona humana no nos llevará más lejos.

¿Qué es lo que exactamente me impide arrancarle los ojos a este hombre, si tengo el permiso y eso me divierte?

Aunque él me sea sagrado en su totalidad, no me es sagrado en todos los aspectos, en todos los sentidos. No me es sagrado en tanto que sus brazos son largos, en tanto que sus ojos son azules, en tanto que sus pensamientos son tal vez mediocres. Ni, si es duque, en tanto que es duque. Ni, si es traperero, en tanto que es traperero. Nada de eso retendría mi mano.

Lo que la retendría, es saber que si alguien le arrancara los ojos, tendría el alma desgarrada por el pensamiento de que se le está haciendo daño.

Desde la infancia hasta la tumba, en el fondo del corazón de todo ser humano, hay algo que, a pesar de toda la experiencia de los crímenes cometidos, sufridos y observados, espera invenciblemente que se le haga el bien y no el mal. Eso es lo primero que es sagrado en todo ser humano.

El bien es la única fuente de lo sagrado. Solo es sagrado el bien y lo que está relacionado con el bien.

Esa parte profunda, infantil del corazón que siempre espera el bien, no es la que está en juego en la reclamación. El niño que vigila celosamente si su hermano no ha recibido un trozo de pastel un poco más grande que él, cede a un móvil proveniente de una parte mucho más superficial del alma. La palabra justicia tiene dos significados muy diferentes que están relacionados con estas dos partes del alma. Solo importa el primero.

Cada vez que surge en el fondo de un corazón humano la queja infantil que ni siquiera Cristo pudo reprimir: « ¿Por qué me hacen daño? », ciertamente hay injusticia. Porque si, como sucede a menudo, es solo el efecto de un error, la injusticia consiste entonces en la insuficiencia de la explicación.

Los que infligen los golpes que provocan este grito ceden a móviles diferentes según los caracteres y según los momentos. Algunos encuentran en ciertos momentos una voluptuosidad en este grito. Muchos ignoran que se ha proferido. Porque es un grito silencioso que solo resuena en el secreto del corazón.

Estos dos estados de ánimo están más cerca de lo que parece. El segundo es solo un modo debilitado del primero. Esta ignorancia es complacientemente mantenida, porque halaga y contiene también una voluptuosidad. No hay otros límites a nuestras voluntades que las necesidades de la materia y la existencia de otros humanos a nuestro alrededor. Toda ampliación imaginaria de estos límites es voluptuosa, y así hay voluptuosidad en todo lo que hace olvidar la realidad de los obstáculos. Por eso los trastornos, como la guerra y la guerra civil, que vacían las existencias humanas de su realidad, que parecen convertirlas en marionetas, son tan embriagadores. Por eso también la esclavitud es tan agradable para los amos.

En aquellos que han recibido demasiados golpes, como los esclavos, esa parte del corazón que el mal infligido hace gritar de sorpresa parece muerta.

Pero nunca lo está del todo. Solo que ya no puede gritar. Está establecida en un estado de gemido sordo e ininterrumpido.

Pero incluso en aquellos en quienes el poder del grito está intacto, este grito apenas logra expresarse en su interior ni en el exterior en palabras coherentes. La mayoría de las veces, las palabras que intentan traducirlo caen completamente en falso.

Esto es tanto menos evitable cuanto que aquellos que más a menudo tienen la ocasión de sentir que se les hace daño son los que menos saben hablar. Nada es más horrible, por ejemplo, que ver en la correccional a un desdichado balbucear frente a un magistrado que hace elegantes bromas en lenguaje refinado.

Exceptuando la inteligencia, la única facultad humana realmente interesada en la libertad pública de expresión es esa parte del corazón que grita contra el mal. Pero como no sabe expresarse, la libertad es poco para ella. Primero, la educación pública debe ser tal que le proporcione, en la medida de lo posible, medios de expresión. Luego se necesita un régimen, para la expresión pública de las opiniones, que esté definido menos por la libertad que por una atmósfera de silencio y atención donde este grito débil y torpe pueda hacerse oír. Finalmente, se necesita un sistema de instituciones que lleve lo más posible a las funciones de mando a los hombres capaces y deseosos de escucharlo y comprenderlo.

Está claro que un partido ocupado en la conquista o conservación del poder gubernamental solo puede discernir en estos gritos ruido. Reaccionará de manera diferente según si ese ruido interfiere con su propia propaganda o, por el contrario, la amplifica. Pero en ningún caso es capaz de una atención tierna y adivinadora para discernir su significado.

Lo mismo ocurre, en menor grado, con las organizaciones que por contagio imitan a los partidos, es decir, cuando la vida pública está dominada por el juego de los partidos, con todas las organizaciones, incluidos, por ejemplo, los sindicatos y hasta las Iglesias.

Por supuesto, los partidos y organizaciones similares son igualmente ajenos a los escrúpulos de la inteligencia.

Cuando la libertad de expresión se reduce de hecho a la libertad de propaganda para organizaciones de este tipo, las únicas partes del alma humana

que merecen expresarse no son libres para hacerlo. O lo son en un grado infinitesimal, apenas más que en el sistema totalitario.

Este es el caso en una democracia donde el juego de los partidos regula la distribución del poder, es decir, en lo que nosotros, los franceses, hasta ahora hemos llamado democracia. Porque no conocemos otra. Así que hay que inventar otra cosa.

El mismo criterio, aplicado de manera similar a cualquier institución pública, puede conducir a conclusiones igualmente evidentes.

La persona no es lo que proporciona este criterio. El grito de dolorosa sorpresa que suscita en el fondo del alma la infligencia del mal no es algo personal. No basta con un ataque a la persona y sus deseos para hacerlo surgir. Siempre brota por la sensación de un contacto con la injusticia a través del dolor. Siempre constituye, en el último de los hombres como en Cristo, una protesta impersonal.

También surgen muy a menudo gritos de protesta personal, pero esos no tienen importancia; se pueden provocar tantos como se quiera sin violar nada sagrado.

Lo que es sagrado, lejos de ser la persona, es lo que, en un ser humano, es impersonal.

Todo lo que es impersonal en el hombre es sagrado, y solo eso.

En nuestra época, en la que los escritores y los científicos han usurpado tan extrañamente el lugar de los sacerdotes, el público reconoce, con una complacencia que no está en absoluto fundada en la razón, que las facultades artísticas y científicas son sagradas. Generalmente se considera evidente, aunque esté muy lejos de serlo. Cuando se cree necesario dar un motivo, se alega que el juego de estas facultades está entre las formas más altas de la realización de la persona humana.

A menudo, en efecto, es solo eso. En ese caso, es fácil darse cuenta de su valor y de lo que produce.

Produce actitudes hacia la vida como la expresada, tan común en nuestro siglo, por la horrible frase de Blake: « Es mejor ahogar a un niño en su cuna que conservar en uno mismo un deseo insatisfecho ». O como la que dio origen a la concepción del acto gratuito. Produce una ciencia en la que se

reconocen todas las especies posibles de normas, criterios y valores, excepto la verdad.

El canto gregoriano, las iglesias románicas, la Ilíada, la invención de la geometría, no fueron, en los seres a través de los cuales estas cosas pasaron para llegar hasta nosotros, ocasiones de realización.

La ciencia, el arte, la literatura, la filosofía que son solo formas de realización de la persona, constituyen un ámbito donde se logran éxitos brillantes, gloriosos, que hacen vivir nombres durante miles de años. Pero por encima de este ámbito, muy por encima, separado de él por un abismo, hay otro donde se encuentran las cosas de primer orden. Esas son esencialmente anónimas.

Es un azar si el nombre de aquellos que han penetrado en él se conserva o se pierde; incluso si se conserva, han entrado en el anonimato. Su persona ha desaparecido.

La verdad y la belleza habitan en este dominio de cosas impersonales y anónimas. Este es el que es sagrado. El otro no lo es, o si lo es, es solo como podría serlo una mancha de color que, en un cuadro, representara una hostia.

Lo que es sagrado en la ciencia, es la verdad. Lo que es sagrado en el arte, es la belleza. La verdad y la belleza son impersonales. Todo esto es demasiado evidente.

Si un niño hace una suma y se equivoca, el error lleva el sello de su persona. Si procede de una manera perfectamente correcta, su persona está ausente de toda la operación.

La perfección es impersonal. La persona en nosotros, es la parte en nosotros del error y del pecado. Todo el esfuerzo de los místicos ha apuntado siempre a lograr que no haya en su alma ninguna parte que diga "yo".

Pero la parte del alma que dice "nosotros" es aún infinitamente más peligrosa.

El paso a lo impersonal solo se realiza mediante una atención de una calidad rara y que solo es posible en la soledad. No solo la soledad de hecho, sino la soledad moral. Nunca se realiza en quien se piensa a sí mismo como miembro de una colectividad, como parte de un "nosotros".

Los hombres en colectividad no tienen acceso a lo impersonal, ni siquiera en sus formas inferiores. Un grupo de seres humanos no puede hacer ni siquiera una suma. Una suma se realiza en una mente que olvida momentáneamente que existe cualquier otra mente.

Lo personal se opone a lo impersonal, pero hay un paso del uno al otro. No hay paso de lo colectivo a lo impersonal. Es necesario que primero una colectividad se disuelva en personas separadas para que la entrada en lo impersonal sea posible.

En este sentido solamente, la persona participa más de lo sagrado que la colectividad.

No solo la colectividad es ajena a lo sagrado, sino que engaña proporcionando una falsa imitación.

El error que atribuye a la colectividad un carácter sagrado es la idolatría; es en todo tiempo, en todo país, el crimen más extendido. Aquel para quien solo cuenta el desarrollo de la persona ha perdido completamente el sentido mismo de lo sagrado. Es difícil saber cuál de los dos errores es peor. A menudo se combinan en la misma mente en tal o cual proporción. Pero el segundo error tiene mucho menos energía y duración que el primero.

Desde el punto de vista espiritual, la lucha entre Alemania en 1940 y Francia en 1940 fue principalmente una lucha no entre la barbarie y la civilización, no entre el mal y el bien, sino entre el primer error y el segundo. La victoria del primero no es sorprendente; el primero es por sí mismo el más fuerte.

La subordinación de la persona a la colectividad no es un escándalo; es un hecho del orden de los hechos mecánicos, como la del gramo al kilogramo en una balanza. La persona está de hecho siempre sometida a la colectividad, hasta en lo que se llama su desarrollo.

Por ejemplo, son precisamente los artistas y escritores más inclinados a considerar su arte como el desarrollo de su persona los que de hecho están más sometidos al gusto del público. Hugo no encontraba ninguna dificultad en conciliar el culto de sí mismo y el papel de "eco sonoro". Ejemplos como Wilde, Gide o los surrealistas son aún más claros. Los científicos situados en el mismo nivel también están sometidos a la moda, que es aún más pode-

rosa en la ciencia que en la forma de los sombreros. La opinión colectiva de los especialistas es casi soberana sobre cada uno de ellos.

La persona, estando sometida de hecho y por la naturaleza de las cosas a lo colectivo, no tiene un derecho natural relativo a ella.

Tienen razón cuando dicen que la antigüedad no tenía la noción del respeto debido a la persona. Pensaban con demasiada claridad como para una concepción tan confusa.

El ser humano no escapa a lo colectivo más que elevándose por encima de lo personal para penetrar en lo impersonal. En ese momento hay algo en él, una parte de su alma, sobre la cual nada colectivo puede tener ningún dominio. Si puede enraizarse en el bien impersonal, es decir, convertirse en capaz de extraer de él una energía, está en condición, siempre que piense tener la obligación, de enfrentar a cualquier colectividad, sin apoyarse en ninguna otra, con una fuerza sin duda pequeña, pero real.

Hay ocasiones en las que una fuerza casi infinitesimal es decisiva. Una colectividad es mucho más fuerte que un hombre solo; pero toda colectividad necesita para existir de operaciones, de las cuales la suma es el ejemplo elemental, que solo se realizan en una mente en estado de soledad.

Esta necesidad da la posibilidad de una influencia de lo impersonal sobre lo colectivo, si tan solo se supiera estudiar un método para hacer uso de ella.

Cada uno de los que han penetrado en el dominio de lo impersonal encuentra allí una responsabilidad hacia todos los seres humanos. La de proteger en ellos, no a la persona, sino todo lo que la persona recubre de frágiles posibilidades de paso a lo impersonal.

A esos debe dirigirse primero el llamado al respeto hacia el carácter sagrado de los seres humanos. Porque para que tal llamado tenga una existencia, es necesario que sea dirigido a seres susceptibles de escucharlo.

Es inútil explicar a una colectividad que en cada una de las unidades que la componen hay algo que no debe violar. Primero, una colectividad no es alguien, sino por ficción; no tiene existencia, sino abstracta; hablarle es una operación ficticia. Luego, si fuera alguien, sería alguien que solo está dispuesto a respetarse a sí mismo.

Además, el mayor peligro no es la tendencia del colectivo a oprimir a la persona, sino la tendencia de la persona a precipitarse, a ahogarse en lo colectivo. O tal vez el primer peligro no sea más que el aspecto aparente y engañoso del segundo.

Si es inútil decirle a la colectividad que la persona es sagrada, también es inútil decirle a la persona que ella misma es sagrada. No puede creerlo. No se siente sagrada. La razón que impide que la persona se sienta sagrada es que, de hecho, no lo es.

Si hay seres cuya conciencia da otro testimonio, a quienes su propia persona les da un cierto sentido de lo sagrado que creen poder, por generalización, atribuir a toda persona, están en una doble ilusión.

Lo que sienten no es el sentido de lo sagrado auténtico, sino esa falsa imitación que produce lo colectivo. Si lo sienten con respecto a su propia persona, es porque ella participa del prestigio colectivo por la consideración social de la cual es el centro.

Así que es por error que creen poder generalizar. Aunque esta generalización errónea proceda de un movimiento generoso, no puede tener suficiente virtud como para que, a sus ojos, la materia humana anónima deje realmente de ser materia humana anónima. Pero es difícil que tengan la ocasión de darse cuenta, porque no tienen contacto con ella.

En el hombre, la persona es algo en apuros, que tiene frío, que corre a buscar un refugio y calor.

Esto es ignorado por aquellos en quienes ella está, aunque sea en espera, envuelta calurosamente en consideración social.

Es por eso que la filosofía personalista nació y se difundió no en los medios populares, sino en medios de escritores que, por profesión, poseen o esperan adquirir un nombre y una reputación.

Las relaciones entre la colectividad y la persona deben establecerse con el único propósito de apartar lo que sea susceptible de impedir el crecimiento y la germinación misteriosa de la parte impersonal del alma.

Para eso, es necesario por un lado que haya alrededor de cada persona espacio, un grado de libre disposición del tiempo, posibilidades para el paso a grados de atención cada vez más altos, soledad, silencio. Al mismo tiem-

po, debe estar en calor, para que la angustia no la obligue a ahogarse en lo colectivo.

Si tal es el bien, parece difícil ir mucho más lejos en el sentido del mal que la sociedad moderna, incluso democrática. En particular, una fábrica moderna quizás no esté muy lejos del límite del horror. Cada ser humano está continuamente acosado, pinchado por la intervención de voluntades ajenas, y al mismo tiempo el alma está en el frío, la angustia y el abandono. El hombre necesita un silencio cálido, y se le da un tumulto helado.

El trabajo físico, aunque sea una pena, no es por sí mismo una degradación. No es arte; no es ciencia; pero es otra cosa que tiene un valor absolutamente igual al del arte y la ciencia. Porque proporciona una posibilidad igual para el acceso a una forma impersonal de atención.

Arrancar los ojos a Watteau adolescente y hacerlo girar una rueda no habría sido un crimen mayor que poner en una cadena de fábrica o en una máquina de maniobra pagada por piezas a un joven que tiene la vocación de este tipo de trabajo. Solo que esta vocación, a diferencia de la de pintor, no es discernible.

Exactamente en la misma medida que el arte y la ciencia, aunque de una manera diferente, el trabajo físico es un cierto contacto con la realidad, la verdad, la belleza de este universo y con la sabiduría eterna que constituye su orden.

Es por eso que degradar el trabajo es un sacrilegio exactamente en el sentido en que pisotear una hostia es un sacrilegio.

Si aquellos que trabajan lo sintieran, si sintieran que por ser víctimas de ello son en un sentido cómplices, su resistencia tendría un ímpetu completamente diferente al que puede proporcionarles la idea de su persona y de su derecho. No sería una reclamación; sería un levantamiento del ser entero, feroz y desesperado como en una joven que se quiere meter a la fuerza en una casa de prostitución; y al mismo tiempo sería un grito de esperanza salido del fondo del corazón.

Este sentimiento habita en ellos, pero tan inarticulado que es indiscernible incluso para ellos mismos. Los profesionales de la palabra son incapaces de proporcionarles la expresión de ese sentimiento.

Cuando se les habla de su propio destino, generalmente se elige hablarles de salarios. Ellos, bajo la fatiga que los agobia y hace que cualquier esfuerzo de atención sea un dolor, acogen con alivio la claridad fácil de las cifras.

Olvidan así que el objeto con respecto al cual hay regateo, del cual se quejan de que se les obliga a entregarlo a bajo precio, de que se les niega el precio justo, no es otra cosa que su alma.

Imaginemos que el diablo está comprando el alma de un desgraciado, y que alguien, compadeciéndose del desgraciado, interviene en el debate y dice al diablo: "Es vergonzoso de tu parte ofrecer solo este precio; el objeto vale al menos el doble".

Esta farsa siniestra es la que ha jugado el movimiento obrero, con sus sindicatos, sus partidos, sus intelectuales de izquierda.

Este espíritu de regateo estaba ya implícito en la noción de derecho que la gente de 1789 tuvo la imprudencia de poner en el centro del llamado que quisieron lanzar a la cara del mundo. Esto destruía de antemano su virtud.

La noción de derecho está ligada a la de reparto, intercambio, cantidad. Tiene algo de comercial. Evoca por sí misma el juicio, el alegato. El derecho solo se sostiene en un tono de reclamación; y cuando se adopta ese tono, es porque la fuerza no está lejos, detrás de él, para confirmarlo, o de lo contrario es ridículo.

Hay muchas nociones, todas situadas en la misma categoría, que son completamente ajenas, por sí mismas, a lo sobrenatural, y son sin embargo un poco superiores a la fuerza bruta. Todas están relacionadas con las costumbres de la bestia colectiva, para usar el lenguaje de Platón, cuando esta conserva algunas huellas de un adiestramiento impuesto por la operación sobrenatural de la gracia. Cuando no reciben continuamente un renuevo de existencia de un renuevo de esta operación, cuando no son más que supervivencias, se encuentran por necesidad sujetas al capricho de la bestia.

Las nociones de derecho, persona, democracia están en esta categoría. Bernanos tuvo el coraje de observar que la democracia no opone ninguna defensa a los dictadores. La persona es por naturaleza sometida a la colectividad. El derecho es por naturaleza dependiente de la fuerza. Las mentiras y errores que ocultan estas verdades son extremadamente peligrosos, porque impiden recurrir a lo que solo se encuentra sustraído a la fuerza y la preser-

va; es decir, otra fuerza, que es el resplandor del espíritu. La materia pesada solo puede elevarse contra la gravedad en las plantas, por la energía del sol que el verde de las hojas ha captado y que opera en la savia. La gravedad y la muerte retomarán progresiva pero inexorablemente la planta privada de luz.

Entre esas mentiras se encuentra la del derecho natural, lanzado por el siglo XVIII materialista. No por Rousseau, que era un espíritu lúcido, poderoso y de inspiración realmente cristiana, sino por Diderot y los círculos de la Enciclopedia.

La noción de derecho nos viene de Roma, y, como todo lo que viene de la Roma antigua, que es la mujer llena de nombres de blasfemia de la que habla el Apocalipsis, es pagana y no bautizable. Los romanos, que habían comprendido, como Hitler, que la fuerza tiene la plenitud de la eficacia solo vestida de algunas ideas, empleaban la noción de derecho para ese uso. Ella se presta muy bien a ello. Se acusa a la Alemania moderna de despreciarla. Pero la ha utilizado hasta la saciedad en sus reivindicaciones de nación proletaria. Es cierto que no reconoce a aquellos que subyuga otro derecho que el de obedecer. La Roma antigua también.

Alabar a la Roma antigua por habernos legado la noción de derecho es singularmente escandaloso. Porque si se quiere examinar en ella qué era esta noción en su cuna, para discernir su especie, se ve que la propiedad estaba definida por el derecho de usar y abusar. Y de hecho la mayoría de esas cosas de las cuales todo propietario tenía el derecho de usar y abusar eran seres humanos.

Los griegos no tenían la noción de derecho. No tenían palabras para expresarlo. Se contentaban con el nombre de la justicia.

Es por una singular confusión que se ha podido asimilar la ley no escrita de Antígona al derecho natural. A los ojos de Creonte, no había en lo que hacía Antígona absolutamente nada de natural. La juzgaba loca.

No podemos darle la razón, nosotros que, en este momento, pensamos, hablamos y actuamos exactamente como él. Se puede verificar al volver al texto.

Antígona le dice a Creonte: "No fue Zeus quien publicó esta ordenanza; no es la compañera de las divinidades del otro mundo, la Justicia, quien ha

establecido tales leyes entre los hombres". Creonte intenta convencerla de que sus órdenes eran justas; la acusa de haber ultrajado a uno de sus hermanos al honrar al otro, ya que así se le ha dado el mismo honor al impío y al fiel, al que murió intentando destruir su propia patria y al que murió defendiéndola.

Ella dice: "No obstante, el otro mundo exige leyes iguales". Él objeta con buen sentido: "Pero no hay reparto igual para el valiente y el traidor". Ella solo encuentra esta respuesta absurda: "¿Quién sabe si en el otro mundo esto es legítimo?"

La observación de Creonte es perfectamente razonable: "Pero nunca un enemigo, incluso después de muerto, es un amigo". Pero la pequeña necia responde: "He nacido para compartir, no para odiar, sino para amar".

Creonte entonces, cada vez más razonable: "Ve entonces al otro mundo, y ya que debes amar, ama a los que están allí".

En efecto, ese era su verdadero lugar. Porque la ley no escrita a la que obedecía esta niña, muy lejos de tener algo en común con cualquier derecho o con nada natural, no era otra cosa que el amor extremo, absurdo, que llevó a Cristo a la Cruz.

La Justicia, compañera de las divinidades del otro mundo, prescribe este exceso de amor. Ningún derecho lo prescribiría. El derecho no tiene un vínculo directo con el amor.

Como la noción de derecho es ajena al espíritu griego, también es ajena a la inspiración cristiana, donde esta es pura, no mezclada con herencia romana, o hebrea, o aristotélica. No se puede imaginar a San Francisco de Asís hablando de derecho.

Si se le dice a alguien que sea capaz de escuchar: "Lo que me haces no es justo", se puede golpear y despertar en la fuente el espíritu de atención y amor. No es lo mismo con palabras como: "Tengo el derecho de...", "No tienes el derecho de..."; encierran una guerra latente y despiertan un espíritu de guerra. La noción de derecho, puesta en el centro de los conflictos sociales, hace imposible de un lado y del otro toda matiz de caridad.

Es imposible, cuando se hace un uso casi exclusivo de ella, mantener la mirada fija en el verdadero problema. Un campesino sobre el que un comprador, en un mercado, ejerce presión indiscreta para llevarlo a vender sus

huevos a un precio moderado, puede muy bien responder: "Tengo el derecho de guardar mis huevos si no me ofrecen un precio lo suficientemente bueno". Pero una joven que se está siendo llevada a la fuerza a una casa de prostitución no hablará de sus derechos. En tal situación, esta palabra parecería ridícula por su insuficiencia.

Es por eso que el drama social, que es análogo a la segunda situación, ha parecido falsamente, por el uso de esta palabra, como análogo a la primera.

El uso de esta palabra ha hecho que lo que debería haber sido un grito surgido del fondo de las entrañas se convierta en un chillido agrio de reclamación, sin pureza ni eficacia.

La noción de derecho trae naturalmente consigo, debido a su propia mediocridad, la de persona, pues el derecho está relacionado con las cosas personales. Está situado en ese nivel.

Añadir a la palabra derecho la de persona, lo que implica el derecho de la persona a lo que se llama desarrollo, haría un daño aún más grave. El grito de los oprimidos descendería más abajo que el tono de la reivindicación, adoptando el de la envidia.

Porque la persona solo se desarrolla cuando el prestigio social la infla; su desarrollo es un privilegio social. No se dice esto a las masas cuando se les habla de los derechos de la persona, se les dice lo contrario. No disponen de un poder de análisis suficiente para reconocerlo claramente por sí mismas; pero lo sienten, su experiencia diaria les da la certeza.

Esto no puede ser para ellas un motivo para rechazar este lema. En nuestra época de inteligencia oscurecida, no hay dificultad en reclamar para todos una parte igual de los privilegios, de las cosas que tienen por esencia ser privilegios. Es una especie de reivindicación a la vez absurda y baja; absurda, porque el privilegio por definición es desigual; baja, porque no vale la pena deseárselo.

Pero la categoría de hombres que formulan tanto las reivindicaciones como todas las cosas, que tienen el monopolio del lenguaje, es una categoría de privilegiados. No son ellos quienes dirán que el privilegio no vale la pena ser deseado. No lo piensan. Pero sobre todo, sería indecente de su parte.

Muchas verdades indispensables y que salvarían a los hombres no son dichas por una causa de este tipo; aquellos que podrían decir las no pueden formularlas, aquellos que podrían formularlas no pueden decir las. El remedio a este mal sería uno de los problemas urgentes de una verdadera política.

En una sociedad inestable, los privilegiados tienen mala conciencia. Unos lo ocultan con un aire desafiante y dicen a las masas: «Es completamente adecuado que no tengan privilegios y que yo los tenga». Otros les dicen con aire de benevolencia: «Reclamo para todos ustedes una parte igual de los privilegios que yo poseo».

La primera actitud es odiosa. La segunda carece de sentido común. También es demasiado fácil.

Ambas incitan al pueblo a correr por el camino del mal, a alejarse de su único y verdadero bien, que no está en sus manos, pero que, en un sentido, está tan cerca de él. Está mucho más cerca de un bien auténtico, que sea fuente de belleza, de verdad, de alegría y de plenitud que aquellos que le otorgan su piedad. Pero no estando en él y no sabiendo cómo llegar a él, todo ocurre como si estuviera infinitamente lejos. Aquellos que hablan por él, a él, son igualmente incapaces de comprender en qué angustia se encuentra y qué plenitud de bien se encuentra casi a su alcance. Y él, necesita ser comprendido.

El infortunio es por sí mismo inarticulado. Los desafortunados suplican silenciosamente que se les proporcionen palabras para expresarse. Hay épocas en que no son escuchados. Hay otras en las que se les proporcionan palabras, pero mal elegidas, porque quienes las eligen son ajenos al infortunio que interpretan.

La mayoría de las veces están lejos de él por la posición que las circunstancias les han otorgado. Pero incluso si están cerca, o si han estado en él en un periodo de su vida, incluso reciente, les es ajeno, porque se han distanciado de él tan pronto como pudieron.

El pensamiento rehúye pensar en el infortunio tanto como la carne viva rehúye la muerte. La ofrenda voluntaria de un ciervo avanzando paso a paso para presentarse a los dientes de una manada es posible en el mismo grado

que un acto de atención dirigido a un infortunio real y cercano, por parte de una mente que tiene la facultad de prescindir de ello.

Lo que, siendo indispensable para el bien, es imposible por naturaleza, siempre es posible sobrenaturalmente.

El bien sobrenatural no es una especie de suplemento al bien natural, como se querría, con la ayuda de Aristóteles, persuadirnos para nuestra mayor comodidad. Sería agradable que así fuera, pero no es así. En todos los problemas apremiantes de la existencia humana, solo hay elección entre el bien sobrenatural y el mal.

Poner en la boca de los desafortunados palabras que pertenecen a la región media de los valores, tales como democracia, derecho o persona, es hacerles un presente que no es susceptible de traerles ningún bien y que inevitablemente les hace mucho daño.

Estas nociones no tienen su lugar en el cielo, están suspendidas en el aire, y por esa misma razón son incapaces de morder la tierra.

Solo la luz que cae continuamente del cielo proporciona a un árbol la energía que hunde profundamente en la tierra las poderosas raíces. El árbol está en verdad enraizado en el cielo.

Solo lo que viene del cielo es susceptible de imprimir realmente una marca en la tierra.

Si se quiere armar eficazmente a los desafortunados, no se debe poner en su boca más que palabras cuyo lugar propio se encuentra en el cielo, por encima del cielo, en el otro mundo. No hay que temer que sea imposible. El infortunio dispone el alma a recibir ávidamente, a beber todo lo que viene de ese lugar. Son los proveedores, no los consumidores, los que faltan para esta especie de productos.

El criterio para la elección de las palabras es fácil de reconocer y de emplear. Los desafortunados, sumergidos en el mal, aspiran al bien. No hay que darles más que palabras que expresen solo el bien, el bien en estado puro. La discriminación es fácil. Las palabras a las que puede unirse algo que designe un mal son ajenas al bien puro. Se expresa una censura cuando se dice: «Pone su persona por delante». La persona, por lo tanto, es ajena al bien. Se puede hablar de un abuso de la democracia. La democracia, por lo tanto, es ajena al bien. La posesión de un derecho implica la posibilidad de

hacer un buen o un mal uso de él. El derecho, por lo tanto, es ajeno al bien. Al contrario, el cumplimiento de una obligación es un bien siempre, en todas partes. La verdad, la belleza, la justicia, la compasión son bienes siempre, en todas partes.

Basta, para estar seguro de decir lo que se debe, con restringirse, cuando se trata de las aspiraciones de los desafortunados, a las palabras y frases que expresen siempre, en todas partes, en cualquier circunstancia, únicamente el bien.

Es uno de los dos únicos servicios que se les puede rendir con palabras. El otro es encontrar palabras que expresen la verdad de su infortunio; que, a través de las circunstancias externas, hagan sensible el grito siempre lanzado en el silencio: «¿Por qué me hacen daño?»

No deben contar para ello con los hombres de talento, las personalidades, las celebridades, ni siquiera con los hombres de genio en el sentido en que se emplea habitualmente la palabra genio, cuyo uso se confunde con el de la palabra talento. Solo pueden contar con los genios de primer orden, el poeta de la *Ilíada*, Esquilo, Sófocles, Shakespeare tal como era cuando escribió *Lear*, Racine tal como era cuando escribió *Fedra*. Eso no hace un gran número.

Pero hay una cantidad de seres humanos, que, siendo mal o medianamente dotados por la naturaleza, parecen infinitamente inferiores no solo a Homero, Esquilo, Sófocles, Shakespeare, Racine, sino también a Virgilio, Corneille, Hugo; y que, sin embargo, viven en el reino de los bienes impersonales donde estos últimos no han penetrado.

Un idiota del pueblo, en el sentido literal de la palabra, que realmente ama la verdad, aunque no emita más que balbuceos, es por el pensamiento infinitamente superior a Aristóteles. Está infinitamente más cerca de Platón de lo que Aristóteles nunca ha estado. Tiene genio, mientras que a Aristóteles solo le conviene la palabra talento. Si un hada viniera a proponerle cambiar su destino por una suerte análoga a la de Aristóteles, la sabiduría para él sería rechazar sin vacilación. Pero no lo sabe. Nadie se lo dice. Todos le dicen lo contrario. Hay que decírselo. Hay que animar a los idiotas, a las personas sin talento, a las personas de talento mediocre o apenas mejor que medio, que tienen genio. No hay que temer hacerlos orgullosos. El amor a la verdad siempre va acompañado de humildad. El verdadero genio no es

otra cosa que la virtud sobrenatural de la humildad en el dominio del pensamiento.

En lugar de fomentar la floración de los talentos, como se proponía en 1789, hay que amar y calentar con un respeto tierno el crecimiento del genio; porque solo los héroes realmente puros, los santos y los genios pueden ser un auxilio para los desafortunados. Entre los dos, las personas de talento, inteligencia, energía, carácter, personalidad fuerte, hacen pantalla y evitan el auxilio. No hay que hacer daño a la pantalla, pero hay que apartarla suavemente, tratando de que se dé cuenta lo menos posible. Y hay que romper la pantalla mucho más peligrosa del colectivo, suprimiendo toda la parte de nuestras instituciones y costumbres donde habita una forma cualquiera del espíritu de partido. Ni las personalidades ni los partidos conceden jamás audiencia ni a la verdad ni al infortunio.

Hay una alianza natural entre la verdad y el infortunio, porque ambos son suplicantes mudos, eternamente condenados a permanecer sin voz ante nosotros.

Como un vagabundo, acusado en lo correccional de haber tomado una zanahoria en un campo, se mantiene de pie ante el juez, quien, cómodamente sentado, hilvana elegantemente preguntas, comentarios y bromas, mientras el otro no logra siquiera balbucear; así se mantiene la verdad ante una inteligencia ocupada en alinear elegantemente opiniones.

El lenguaje, incluso en el hombre que en apariencia calla, es siempre lo que formula las opiniones. La facultad natural que se llama inteligencia es relativa a las opiniones y al lenguaje. El lenguaje enuncia relaciones. Pero enuncia pocas, porque se desarrolla en el tiempo. Si es confuso, vago, poco riguroso, sin orden, si el espíritu que lo emite o que lo escucha tiene una escasa capacidad de mantener un pensamiento presente en la mente, está vacío o casi vacío de todo contenido real de relaciones. Si es perfectamente claro, preciso, riguroso, ordenado; si se dirige a un espíritu capaz, habiendo concebido un pensamiento, de mantenerlo presente mientras concibe otro, de mantener estos dos presentes mientras concibe un tercero, y así sucesivamente; en ese caso, el lenguaje puede ser relativamente rico en relaciones. Pero como toda riqueza, esta riqueza relativa es una miseria atroz, comparada con la perfección que solo es deseable.

Incluso en el mejor de los casos, un espíritu atrapado en el lenguaje está en prisión. Su límite es la cantidad de relaciones que las palabras pueden hacer presentes en su mente al mismo tiempo. Permanece en la ignorancia de los pensamientos que implican la combinación de un mayor número de relaciones; esos pensamientos están fuera del lenguaje, no formulables, aunque sean perfectamente rigurosos y claros y aunque cada una de las relaciones que los componen pueda expresarse en palabras perfectamente precisas. Así, el espíritu se mueve en un espacio cerrado de verdad parcial, que puede ser más o menos grande, sin poder nunca echar ni una mirada a lo que está afuera.

Si un espíritu cautivo ignora su propia cautividad, vive en el error. Si la ha reconocido, aunque sea por una décima de segundo, y se apresura a olvidarla para no sufrir, reside en la mentira. Hombres de inteligencia extremadamente brillante pueden nacer, vivir y morir en el error y la mentira. En ellos la inteligencia no es un bien ni siquiera una ventaja. La diferencia entre hombres más o menos inteligentes es como la diferencia entre criminales condenados de por vida a prisión celular cuyas celdas son más o menos grandes. Un hombre inteligente y orgulloso de su inteligencia se parece a un condenado que estaría orgulloso de tener una gran celda.

Un espíritu que siente su cautividad querría disimularla. Pero si tiene horror a la mentira, no lo hará. Tendrá entonces que sufrir mucho. Se golpeará contra la pared hasta desmayarse; se despertará, mirará la pared con temor, y un día lo intentará de nuevo y se desmayará otra vez; y así sucesivamente, sin fin, sin ninguna esperanza. Un día se despertará del otro lado del muro.

Puede que aún esté cautivo, solo en un espacio más amplio. ¿Qué importa? Ahora posee la llave, el secreto que hace caer todos los muros. Está más allá de lo que los hombres llaman inteligencia, está donde comienza la sabiduría.

Todo espíritu encerrado por el lenguaje es capaz solamente de opiniones. Todo espíritu que llega a captar pensamientos inexpressables debido a la multitud de relaciones que se combinan en ellos, aunque sean más rigurosos y más luminosos que lo que expresa el lenguaje más preciso, todo espíritu que llega a este punto ya reside en la verdad. La certeza y la fe sin sombra le pertenecen. Y poco importa si al principio tenía mucha o poca inteligencia, si estaba en una celda estrecha o amplia. Lo único que importa es que,

habiendo llegado al límite de su propia inteligencia, cualquiera que fuera, haya pasado más allá. Un idiota del pueblo está tan cerca de la verdad como un niño prodigio. Ambos están separados solo por una muralla. No se entra en la verdad sin haber pasado a través de su propio aniquilamiento; sin haber permanecido mucho tiempo en un estado de extrema y total humillación.

Es el mismo obstáculo que se opone al conocimiento de la desgracia. Así como la verdad es otra cosa que la opinión, la desgracia es otra cosa que el sufrimiento. La desgracia es un mecanismo que tritura el alma; el hombre atrapado en ella es como un obrero atrapado por los dientes de una máquina. Ya no es más que una cosa desgarrada y sangrienta.

El grado y la naturaleza del sufrimiento que constituye en el sentido propio una desgracia difieren mucho según los seres humanos. Depende sobre todo de la cantidad de energía vital poseída en el punto inicial y de la actitud adoptada ante el sufrimiento.

El pensamiento humano no puede reconocer la realidad de la desgracia. Si alguien reconoce la realidad de la desgracia, debe decirse: "Un juego de circunstancias que no controlo puede quitarme cualquier cosa en cualquier momento, incluidas todas esas cosas que son tan mías que las considero como yo mismo. No hay nada en mí que no pueda perder. Un azar puede en cualquier momento abolir lo que soy y poner en su lugar cualquier cosa vil y despreciable."

Pensar esto con toda el alma es experimentar la nada. Es el estado de extrema y total humillación que es también la condición para el paso a la verdad. Es una muerte del alma. Por eso el espectáculo de la desgracia desnuda causa al alma la misma retracción que la proximidad de la muerte causa a la carne.

Se piensa en los muertos con piedad cuando se los evoca solo con el espíritu, o cuando se va a las tumbas, o cuando se los ve convenientemente dispuestos en una cama. Pero la vista de ciertos cadáveres que están como arrojados en un campo de batalla, con un aspecto a la vez siniestro y grotesco, causa horror. La muerte aparece desnuda, no vestida, y la carne tiembla.

La desgracia, cuando la distancia material o moral permite verla solo de una manera vaga, confusa, sin distinguirla del simple sufrimiento, inspira a

las almas generosas una tierna piedad. Pero cuando cualquier circunstancia hace que de repente en algún lugar se revele desnuda, como algo que destruye, una mutilación o una lepra del alma, uno tiembla y retrocede. Y los desafortunados mismos experimentan el mismo temblor de horror ante ellos mismos.

Escuchar a alguien es ponerse en su lugar mientras habla. Ponerse en el lugar de un ser cuya alma está mutilada por la desgracia o en peligro inminente de estarlo, es aniquilar su propia alma. Es más difícil que sería el suicidio para un niño feliz de vivir. Así, los desafortunados no son escuchados. Están en el estado en que estaría alguien a quien se le hubiera cortado la lengua y que a veces olvida su discapacidad. Sus labios se mueven y ningún sonido llega a los oídos. Ellos mismos rápidamente pierden la capacidad de usar el lenguaje por la certeza de no ser escuchados.

Por eso no hay esperanza para el vagabundo de pie ante el magistrado. Si entre sus balbuceos sale algo desgarrador, que penetra el alma, no será escuchado ni por el magistrado ni por los espectadores. Es un grito mudo. Y los desafortunados entre ellos casi siempre son tan sordos unos a otros. Y cada desafortunado, bajo la presión de la indiferencia general, trata mediante la mentira o la inconsciencia de volverse sordo a sí mismo.

Solo la operación sobrenatural de la gracia hace que un alma pase a través de su propio aniquilamiento hasta el lugar donde se adquiere el tipo de atención que permite ser atento a la verdad y a la desgracia. Es la misma para los dos objetos. Es una atención intensa, pura, sin móvil, gratuita, generosa. Y esa atención es amor.

Porque la desgracia y la verdad necesitan para ser escuchadas la misma atención, el espíritu de justicia y el espíritu de verdad son uno solo. El espíritu de justicia y de verdad no es otra cosa que una cierta especie de atención, que es puro amor.

Por una disposición eterna de la Providencia, todo lo que un hombre produce en cualquier ámbito cuando el espíritu de justicia y de verdad lo domina está revestido del brillo de la belleza.

La belleza es el misterio supremo aquí abajo. Es un brillo que solicita la atención, pero no le proporciona ningún motivo para durar. La belleza siempre promete y nunca da nada; suscita un hambre, pero no hay en ella ali-

mento para la parte del alma que aquí abajo intenta saciarse; solo tiene alimento para la parte del alma que observa. Suscita el deseo, y hace sentir claramente que en ella no hay nada que desear, pues lo que más se quiere es que nada de ella cambie. Si no se buscan subterfugios para salir del delicioso tormento que inflige, el deseo poco a poco se transforma en amor, y se forma un germen de la facultad de atención gratuita y pura.

Así como la desgracia es horrenda, la expresión verdadera de la desgracia es soberanamente bella. Se pueden dar como ejemplos, incluso en siglos recientes, Fedra, La Escuela de las Mujeres, Lear, los poemas de Villon, pero mucho más aún las tragedias de Esquilo y Sófocles; y mucho más aún la Ilíada, el Libro de Job, algunos poemas populares; y mucho más aún los relatos de la Pasión en los Evangelios. El brillo de la belleza se esparce sobre la desgracia por la luz del espíritu de justicia y amor, que es el único que permite a un pensamiento humano mirar y reproducir la desgracia tal como es.

Siempre que un fragmento de verdad inexpresable pasa a palabras que, sin poder contener la verdad que las ha inspirado, tienen con ella una correspondencia tan perfecta en su disposición que proporcionan un soporte a cualquier espíritu deseoso de encontrarla, siempre que esto ocurre, un brillo de belleza se esparce sobre las palabras.

Todo lo que procede del amor puro está iluminado por el brillo de la belleza.

La belleza es perceptible, aunque muy confusamente y mezclada con muchas imitaciones falsas, dentro de la celda donde todo pensamiento humano está inicialmente encarcelado. La verdad y la justicia con la lengua cortada no pueden esperar otra ayuda que la suya. Tampoco tiene lenguaje; no habla; no dice nada. Pero tiene una voz para llamar. Llama y muestra la justicia y la verdad que están sin voz. Como un perro que ladra para hacer venir a gente junto a su amo que yace inanimado en la nieve.

Justicia, verdad, belleza son hermanas y aliadas. Con tres palabras tan hermosas no hay necesidad de buscar otras.

La justicia consiste en velar para que no se haga daño a las personas. Se hace daño a un ser humano cuando él grita internamente: "¿Por qué me ha-

cen daño?". A menudo se equivoca al tratar de entender qué daño sufre, quién se lo inflige y por qué. Pero el grito es infalible.

El otro grito que se escucha con frecuencia: "¿Por qué el otro tiene más que yo?" se relaciona con el derecho. Es necesario aprender a distinguir entre estos dos gritos y silenciar el segundo tanto como sea posible, con la menor brutalidad posible, utilizando un código, tribunales ordinarios y la policía. Para formar mentes capaces de resolver problemas en este ámbito, la Escuela de Derecho es suficiente.

Pero el grito: "¿Por qué me hacen daño?" plantea problemas completamente diferentes, que requieren un espíritu de verdad, justicia y amor.

En cada alma humana surge continuamente la demanda de no ser perjudicada. El texto del Padre Nuestro dirige esta petición a Dios. Pero Dios solo tiene el poder de proteger del mal a la parte eterna de un alma que ha entrado en contacto real y directo con Él. El resto del alma, y el alma en su totalidad en quienes no han recibido la gracia del contacto real y directo con Dios, está abandonado a los deseos de los hombres y al azar de las circunstancias.

Así, son los hombres quienes deben velar para que no se haga daño a los hombres.

Cuando alguien sufre daño, el mal penetra verdaderamente en él; no solo el dolor, el sufrimiento, sino la misma esencia del mal. Al igual que los hombres tienen el poder de transmitirse el bien unos a otros, también tienen el poder de transmitirse el mal. Se puede transmitir el mal a un ser humano halagándolo, proporcionándole bienestar, placeres; pero la mayoría de las veces, los hombres se transmiten el mal al hacer daño.

La Sabiduría eterna, sin embargo, no deja el alma humana completamente a merced del azar de los eventos y los deseos de los hombres. El mal infligido desde fuera a un ser humano en forma de herida exacerba el deseo del bien y suscita así automáticamente la posibilidad de un remedio. Cuando la herida ha penetrado profundamente, el bien deseado es el bien perfectamente puro. La parte del alma que pregunta: "¿Por qué me hacen daño?" es la parte profunda que en todo ser humano, incluso en el más manchado, ha permanecido desde la infancia perfectamente intacta y perfectamente inocente.

Preservar la justicia, proteger a las personas de todo mal, es primero evitar que se les haga daño. Para aquellos a quienes se les ha hecho daño, se trata de borrar las consecuencias materiales, poner a las víctimas en una situación donde la herida, si no ha penetrado demasiado profundamente, sea curada naturalmente por el bienestar. Pero para aquellos en quienes la herida ha desgarrado todo el alma, es, además y sobre todo, calmar la sed dándoles de beber bien perfectamente puro.

Puede haber obligación de infligir daño para suscitar esta sed con el fin de satisfacerla. En esto consiste el castigo. Aquellos que se han vuelto extraños al bien hasta el punto de buscar difundir el mal a su alrededor solo pueden ser reintegrados en el bien mediante la inflicción del mal. Es necesario infligirles mal hasta que despierte en lo profundo de ellos la voz perfectamente inocente que dice con asombro: "¿Por qué me hacen daño?". Esa parte inocente del alma del criminal debe recibir alimento y crecer, hasta que se constituya en tribunal dentro del alma para juzgar los crímenes pasados, condenarlos y luego, con la ayuda de la gracia, perdonarlos. La operación del castigo está entonces completada; el culpable es reintegrado en el bien y debe ser reintegrado pública y solemnemente en la ciudad.

El castigo no es otra cosa que esto. Incluso la pena capital, aunque excluya la reintegración en la ciudad en un sentido literal, no debe ser otra cosa. El castigo es únicamente un procedimiento para proporcionar bien puro a quienes no lo desean; el arte de castigar es el arte de despertar en los criminales el deseo del bien puro mediante el dolor o incluso mediante la muerte.

Pero hemos perdido completamente hasta la noción del castigo. Ya no sabemos que consiste en proporcionar bien. Para nosotros, se detiene en la inflicción del mal. Es por eso que hay una cosa y solo una en la sociedad moderna más horrible aún que el crimen, y es la justicia represiva.

Hacer de la idea de justicia represiva el motivo central en el esfuerzo de la guerra y la revuelta es más peligroso de lo que nadie puede imaginar. Es necesario usar el miedo para disminuir la actividad criminal de los cobardes; pero es horrible hacer de la justicia represiva, tal como la concebimos hoy en nuestra ignorancia, el motivo de los héroes.

Cada vez que un hombre de hoy habla de castigo, de punición, de retribución, de justicia en el sentido punitivo, se trata solo de la más baja venganza.

Este tesoro del sufrimiento y la muerte violenta, que Cristo tomó para sí y que ofrece tan a menudo a quienes ama, lo valoramos tan poco que lo arrojamos a los seres más viles a nuestros ojos, sabiendo que no lo usarán y sin intención de ayudarlos a encontrarle uso.

A los criminales, el verdadero castigo; a los desafortunados que el infortunio ha mordido en el fondo del alma, una ayuda capaz de llevarlos a saciar su sed en las fuentes sobrenaturales; a todos los demás un poco de bienestar, mucha belleza y la protección contra aquellos que les harían daño; en todas partes la limitación rigurosa del tumulto de mentiras, propagandas y opiniones; el establecimiento de un silencio donde la verdad pueda germinar y madurar; eso es lo que se debe a las personas.

Para asegurar eso a las personas, solo se puede contar con los seres que han cruzado al otro lado de cierto límite. Se dirá que son muy pocos. Probablemente son raros, pero sin embargo no se pueden contar; la mayoría están ocultos. El bien puro no se envía del cielo aquí abajo más que en cantidades imperceptibles, ya sea en cada alma o en la sociedad. "El grano de mostaza es la más pequeña de las semillas." Prosérpina solo comió un grano de granada. Una perla enterrada en el fondo de un campo no es visible. No se nota la levadura mezclada con la masa.

Pero al igual que en las reacciones químicas los catalizadores o las bacterias, de las cuales la levadura es un ejemplo, de igual manera en las cosas humanas los granos imperceptibles de bien puro operan de manera decisiva por su sola presencia, si se colocan donde deben estar.

¿Cómo colocarlos donde deben estar?

Mucho se lograría si entre aquellos que tienen la responsabilidad de mostrar al público cosas que alabar, admirar, esperar, buscar, pedir, algunos al menos resolvieran en su corazón despreciar absolutamente y sin excepción todo lo que no sea el bien puro, la perfección, la verdad, la justicia, el amor.

Se haría más si la mayoría de aquellos que hoy detentan fragmentos de autoridad espiritual sintieran la obligación de no proponer jamás a las aspiraciones de los hombres nada más que el bien real y perfectamente puro.

Cuando se habla del poder de las palabras, siempre se trata de un poder de ilusión y error. Pero, por el efecto de una disposición providencial, hay ciertas palabras que, si se usan bien, tienen en sí mismas la virtud de ilumi-

nar y elevar hacia el bien. Son las palabras a las que corresponde una perfección absoluta e inalcanzable para nosotros. La virtud de iluminación y atracción hacia lo alto reside en estas palabras mismas, en estas palabras como tales, no en ninguna concepción. Pues usarlas bien es ante todo no hacerlas corresponder a ninguna concepción. Lo que expresan es inconcebible.

Dios y verdad son tales palabras. También justicia, amor, bien.

Estas palabras son peligrosas de usar. Su uso es una ordalía. Para que se usen legítimamente, es necesario tanto no encerrarlas en ninguna concepción humana como unirles concepciones y acciones directamente y exclusivamente inspiradas por su luz. De lo contrario, rápidamente son reconocidas por todos como mentiras.

Son compañeros incómodos. Palabras como derecho, democracia y persona son más cómodas. Por esta razón, naturalmente, son preferidas por aquellos que, incluso con buenas intenciones, han asumido funciones públicas. Las funciones públicas no tienen otro significado que la posibilidad de hacer el bien a las personas, y aquellos que las asumen con buena intención quieren difundir el bien entre sus contemporáneos; pero generalmente cometen el error de creer que podrán primero comprarlo a bajo precio.

Las palabras de la región intermedia, derecho, democracia, persona, son de buen uso en su región, la de las instituciones intermedias. La inspiración de la cual todas las instituciones proceden, de la cual son como la proyección, requiere otro lenguaje.

La subordinación de la persona al colectivo es en la naturaleza de las cosas como la del gramo al kilogramo en una balanza. Pero una balanza puede ser tal que el kilogramo ceda al gramo. Basta con que uno de los brazos sea más de mil veces más largo que el otro. La ley del equilibrio prevalece soberanamente sobre las desigualdades de peso. Pero el peso inferior nunca vencerá al peso superior sin una relación entre ellos en la que esté cristalizada la ley del equilibrio.

De la misma manera, la persona no puede ser protegida contra el colectivo, y la democracia asegurada, más que por una cristalización en la vida pública del bien superior, que es impersonal y sin relación con ninguna forma política.

Es verdad que a menudo se aplica la palabra persona a Dios. Pero en el pasaje donde Cristo propone a Dios mismo como el modelo de una perfección que se ordena cumplir a los hombres, no solo une la imagen de una persona, sino sobre todo la de un orden impersonal: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto, porque hace que su sol salga sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos."

Ese orden impersonal y divino del universo tiene como imagen entre nosotros la justicia, la verdad, la belleza. Nada inferior a estas cosas es digno de servir de inspiración a los hombres que aceptan morir.

Por encima de las instituciones destinadas a proteger el derecho, las personas, las libertades democráticas, es necesario inventar otras destinadas a discernir y abolir todo lo que, en la vida contemporánea, aplasta las almas bajo la injusticia, la mentira y la fealdad.

Es necesario inventarlas, porque son desconocidas, y es imposible dudar de que sean indispensables.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**